

Tres décadas de noticias en la prensa colombiana sobre drogas ilícitas

ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS



08 de 16
Fascículo Interactivo



UNIVERSIDAD DEL ROSARIO

Adelante en el tiempo

Universidad, Ciencia y Desarrollo

Programa de Divulgación Científica

TOMO V

A partir de una muestra

representativa de la prensa colombiana, de los años sesenta, setenta y ochenta, en este fascículo se identifican las principales características y variaciones históricas de las representaciones periodísticas sobre los fenómenos de producción, tráfico y consumo de drogas ilícitas. En el recorrido se constata el entretrejeo del discurso periodístico con los discursos más amplios que circulaban en la sociedad colombiana frente a las drogas: el enfoque moral y criminológico propio en los sesenta, el enfoque de la salud y terapéutico que ingresó en los setenta y finalmente la definición provista desde la óptica de la seguridad nacional y la retórica de *guerra contra las drogas* que tuvo lugar en los ochenta.

Palabras claves: Drogas ilícitas, narcotráfico, prensa, representaciones, análisis de discurso.

“Yerba maldita”, “marihuano”, “adicto”, “toxicomanía”, “mafiosos”, “capos”, “narcotráfico” y “narcoterrorismo” fueron tan solo algunos de los términos que ocuparon durante varios años los titulares y las primeras páginas de los periódicos colombianos. A partir de la década de los sesenta el tema de las drogas ilícitas ingresó con fuerza a la agenda noticiosa de los medios de comunicación, se hizo cada vez más visible y le dio la vuelta al mundo. Con sus informaciones y opiniones, periodistas y periódicos reconstruyeron, reseñaron y valoraron esta realidad que ha marcado la historia del país durante los últimos años.

¿Cómo han sido representados en la prensa colombiana los fenómenos de la producción, tráfico y consumo de drogas ilícitas?

Un proyecto dirigido por Leandro Peñaranda Contreras, investigador del Grupo de Estudios Sobre Identidad de la Escuela de Ciencias Humanas de la Universidad del Rosario, rastreó el archivo de cinco periódicos del país para identificar los principales discursos que han definido desde aquel entonces el problema de las drogas ilícitas en Colombia. La primera fase del estudio analizó una amplia muestra de textos periodísticos publicados entre 1961 y 1993 en los diarios *El Colombiano*, *El Espectador*, *El Herald*, *El País* y *El Tiempo*.

Con esta investigación se pudo constatar que el discurso de la prensa colombiana pasó de definir el problema a comienzos de los sesenta como un peligroso vicio y como una situación de crimen localizado, a considerarlo a mediados de los ochenta como un asunto de seguridad nacional en el contexto de las llamadas *guerras contra el narcotráfico*.

A comienzos de los años sesenta


se consideraba que la droga pertenecía exclusivamente al bajo mundo, el término “yerba maldita” se usaba para hacer referencia a ella.


Continúe el tema en el fascículo interactivo en

www.urosario.edu.co/investigacion


Este artículo es una síntesis de los temas que desarrollan los grupos de investigación de la Universidad del Rosario. Este material cuenta con documentos, capítulos de libros, entrevistas, fotografías y bibliografía de apoyo, entre otros soportes o estudios, que el lector podrá **consultar en la página web** www.urosario.edu.co/investigacion.

Bibliografía 

Fotografía 

Página web 

Vídeo 

Foro 



LA YERBA DEL BAJO MUNDO

Aunque a comienzos de la década de los sesenta las noticias sobre tráfico internacional de drogas ilícitas no eran aún prioridad de los periódicos estudiados, sí estaba instalado en sus páginas un discurso moral para referirse al cultivo, venta y consumo de la marihuana. El término “yerba maldita” era recurrente para resumir y calificar en los informes periodísticos la problemática de manera homogénea y sin matices. Así, por aquel entonces no se hacían mayores diferenciaciones sobre los eslabones de producción, distribución y consumo.

En los reportes periodísticos, cultivadores, vendedores y consumidores eran considerados todos por igual como criminales y antisociales, enemigos comunes que debían ser enfrentados y derrotados por los representantes del orden social, especialmente por las autoridades policiales. Ante esa definición simplificadora del problema, todas las soluciones esgrimidas apuntaban al fortalecimiento de los mecanismos represivos oficiales con el fin de sacar de circulación a esas minorías desviadas y que estaban asociadas con la “yerba maldita”.

En este sentido, el discurso se hizo tan enfático que en la prensa colombiana de los años sesenta el término “marihuano” o “marihuanero” era sinónimo de delincuente o antisocial; independientemente de a quién se le aplicara el calificativo fuera vendedor o consumidor de marihuana. Así, la llamada “yerba maldita” era presentada como una droga de delincuentes, de los bajos fondos de la sociedad.

En los textos periodísticos de la época también se planteaba una relación causal entre el consumo y el aumento de la delincuencia, tanto así que se decía que era en las cárceles donde más se encontraban drogas. Además, no era extraño hallar en las páginas judiciales de estos periódicos noticias sobre sujetos que, según se informaba, se convertían en asesinos bajo el efecto de la temida “yerba maldita”.



expendio de **droga**

Ya para finales de los sesenta, en los textos periodísticos se comenzó a diferenciar a los consumidores de los traficantes, con lo cual se iniciaba un cambio en el discurso prevaleciente años atrás. De igual forma, hacia 1968 los periódicos descubrieron que la “yerba maldita” y psicotrópicos –vendidos sin receta en algunas farmacias de las principales ciudades del país– habían traspasado las fronteras de la delincuencia y estaban penetrando otros sectores de la sociedad. Así, el temor por la extensión del consumo en jóvenes y adolescentes era objeto de grandes titulares.

“JOVEN ADICTO”: EL NUEVO PERSONAJE EN LA ESCENA

El cubrimiento periodístico sobre producción y tráfico de drogas en la década de los setenta se incrementó al tiempo que Colombia adquiría mayor visibilidad en el mercado ilícito mundial de la marihuana y de la cocaína. Igualmente, el fenómeno del consumo de sustancias psicoactivas tuvo un renovado interés periodístico.

Fue entonces cuando el discurso médico y terapéutico sobre el asunto también comenzó a ser acogido en los medios, dando aparición al “joven adicto” como actor de la representación. Cuando se percibió que el consumo de las drogas prohibidas ya no se daba sólo en los sectores ubicados en los márgenes de la sociedad, entraron en escena –como fuentes de los periodistas– los profesionales de la salud y las organizaciones especializadas en tratamientos de rehabilitación, las cuales insistían en su falta de recursos para poder encarar el problema de manera adecuada.

Desde entonces se registraba continuamente como noticia el crecimiento en el país de la *toxicomanía* o *drogodependencia* –los nuevos términos utilizados en la década. Además, las voces del discurso terapéutico que se expresaban en la prensa atribuían como causa principal del consumo de psicoactivos en los jóvenes a las transformaciones que por entonces se presentaban en la institución familiar.

A pesar de reconocer el uso de drogas ilícitas en amplios sectores de la población colombiana, especialmente en los jóvenes, en el discurso de la prensa permanecía la concepción de que el consumo era un problema de origen externo, como si se tratara de una invasión –tal como fue considerada la aparición de los “hippies” en la escena nacional. Así, en las notas periodísticas, los argumentos médicos y científicos convivían y se mezclaban con los enfoques morales y policíacos: ahora el adicto era un enfermo, pero no había dejado del todo de ser considerado como un criminal.



En los años setenta las informaciones

sobre decomisos y destrucción de cargamentos se convirtieron en las noticias más rutinarias sobre tráfico de drogas en la prensa colombiana.

LA CRECIENTE VISIBILIDAD DE LAS NOTICIAS SOBRE 'NARCOTRÁFICO'

Si bien el consumo interno fue y seguía siendo tema de interés, la prioridad como tema noticioso empezó a ser para el tráfico internacional de drogas ilícitas, asunto que involucraba paulatinamente a más colombianos y a diferentes regiones del país. A mediados de los setenta, la agenda informativa comenzó a centrar su atención en la costa Atlántica colombiana con el auge de la producción y el tráfico de marihuana en esa región del país; además, con la militarización de La Guajira a finales de la década, la información se acercó más al lenguaje bélico de *guerra contra la droga*.

Las informaciones sobre decomisos y destrucción de cargamentos, cultivos y laboratorios se arraigaron como las noticias más repetitivas sobre producción y tráfico de drogas en el

periodismo colombiano, en concordancia con el interés exacerbado de las autoridades por mostrar resultados; de allí que no faltaran los “novedosos” informes sobre las cifras de la incautación. Así, independientemente de su precisión, los indicadores cuantitativos servían para producir noticias de primera página. El umbral de qué era noticia en esos términos iría creciendo geométricamente (de pacas a bultos, de gramos a toneladas, de matas a hectáreas).

Desde mediados de la década de los setenta, a los traficantes de drogas se les empezó a presentar bajo la categoría de *la mafia*. Para la prensa se trataba de un actor muy poderoso, pero abstracto, por lo que su identificación con nombre propio era esporádica y en cambio se les solía llamar *peces gordos* o *los capos*. Además, la riqueza de la mafia era contrastada en los textos periodísticos con el exiguo presupuesto y con los limitados recursos de las autoridades colombianas para combatirla.

Por su parte, la violencia se presentaba como un hecho ligado ‘naturalmente’ al tráfico de drogas, reflejado especialmente en las noticias sobre “ajustes de cuentas” entre los “mafiosos”. Y como si fuera poco, también se resaltaba que el poder corruptor asociado a los traficantes de drogas estaba creciendo en la sociedad colombiana, tanto como crecía la extensión de los cultivos de marihuana en el territorio nacional. El término ‘narcotráfico’ iba surgiendo en los textos de la prensa de finales de los años setenta para referirse al problema.

Fuera de ello, la representación en los periódicos de la relación y responsabilidad de Colombia con el tráfico internacional de drogas ilícitas oscilaba entre los llamados de atención sobre el crecimiento del problema y la negación de éste que buscaba responsabilidades externas. Esta última visión se hizo más nítida hacia 1978 cuando medios de comunicación estadounidenses llegaron a plantear que el auge del tráfico ilegal de cocaína y marihuana se amparaba en la corrupción de políticos y funcionarios gubernamentales colombianos de alto nivel.



Frente a esas acusaciones, se arraigó la retórica nacionalista de las relaciones con los Estados Unidos en el tema de las drogas. Pero, paradójicamente, desde entonces la política y discurso del Estado colombiano reproducido en los medios de comunicación se plegó más al enfoque dictaminado por el Gobierno de los Estados Unidos para combatir las drogas ilícitas.

NARCOTERRORISMO: EL PROTAGONISTA NOTICIOSO DE LOS OCHENTA

Durante esta década el narcotráfico se consolidó como el eje central de la atención y enfoque de la prensa colombiana. Durante esos años, la connotación del término *narcotráfico* se amplió no sólo para referirse al tráfico ilegal, sino para nombrar lo que llegó a ser considerado como el principal flagelo contra la sociedad y el Estado colombiano, así como un crimen de lesa humanidad: el *narcoterrorismo*.

Por ello, en el día a día de los medios la “drogadicción” pasó a ser un tema de segunda plana y episódico frente a la centralidad que adquirió “el narcotráfico”. El consumo interno captaba la atención como tema de información en determinadas coyunturas, como la aparición del bazuco en la escena nacional o la narración de casos dramáticos de adicción y rehabilitación desde un enfoque de ‘interés humano’, poco atento a los factores socio estructurales que hacen parte del fenómeno.

Para ese momento, los consumidores no se restringían a un sector minoritario de la sociedad, por el contrario, la justificación de la lucha contra las drogas se hacía en nombre de la salvación de la juventud. Sin embargo, el elemento central en la representación del consumo en la prensa colombiana fue el señalamiento que decía que la demanda de drogas por parte de los estadounidenses era el principal estímulo de la producción y el tráfico en Colombia.

Posteriormente, desde la segunda mitad de la década de los ochenta, en el contexto de las llamadas *guerras contra el narcotráfico*, los consumidores de drogas ilícitas llegaron a ser calificados como los principales aliados del narcotráfico y del terrorismo. Así, la representación de los consumidores fluctuó entre ser considerados como víctimas –a nombre de los cuales se justificaba la guerra contra el narcotráfico– y como victimarios que contribuían a asesinar colombianos con cada dosis personal de droga que ingerían.

A pesar de la retórica contra la mafia y los narcotraficantes, entre 1982 y 1983 se llegó a valorar en algunos medios periodísticos como personajes admirables de la política y la filantropía a quienes poco tiempo después serían reconocidos como los más importantes ‘capos’ del narcotráfico en Colombia.

La polémica sobre las relaciones entre narcotráfico y política comenzó a tener mayor visibilidad mediática, especialmente con la llegada de Rodrigo Lara Bonilla al Ministerio de Justicia en agosto de 1983. Entonces, el debate sobre los “dineros calientes” se convirtió en todo un escándalo mediático y político de alcance nacional.

ÚLTIMA HORA: LOS ‘CAPOS’ CON NOMBRE Y APELLIDO

Con el escándalo sobre los “dineros calientes”, el narcotráfico comenzó a ser asunto privilegiado de las secciones políticas de los periódicos. Uno de los más notables saldos que dejó esa coyuntura para la construcción periodística fue que todo el proceso del narcotráfico comenzó a ser asociado con nombres propios, es decir, con los de los



principales *capos* del negocio ilegal, quienes habían obtenido visibilidad mediática luego de su intento fallido de ser plenamente incorporados en el régimen socio-político del país.

El acontecimiento del asesinato del ministro Lara Bonilla, la noche del 30 de abril de 1984, cristalizó la representación de las drogas ilícitas y al narcotráfico como una amenaza para la sociedad colombiana y para sus instituciones democráticas. De la metáfora se pasó a la realidad. La amenaza representada por el poderío de “los narcotraficantes” se hizo evidente.

El magnicidio representó el comienzo de la guerra declarada por los “capos” contra el Estado y la sociedad colombiana. Más allá de las acostumbradas noticias en las páginas judiciales sobre “ajustes de cuentas” entre “mafiosos”, se comenzaba a visibilizar, en primera página, que la violencia de los “narcotraficantes” era abierta e iba dirigida contra todo aquel que se interpusiera a sus intereses.

Luchar contra las drogas en Colombia desde mediados de los ochenta hasta comienzos de los noventa significó el

enfrentamiento del Estado contra la criminalidad organizada bajo las etiquetas del “Cartel de Medellín” y “Los Extraditables”; mientras que la información periodística sobre las drogas adoptó el lenguaje de la *guerra*. Además, las páginas políticas de los periódicos comenzaron a hacer énfasis en los debates sobre la aplicación o no del tratado de extradición con los Estados Unidos.

En sí, durante los años ochenta y comienzos de los noventa, la representación periodística del narcotráfico realzó el carácter criminal de los traficantes, caracterizados por la práctica desbocada de la violencia. Mientras que el “narcotráfico” se fundía discursivamente con la subversión y el terrorismo, éste llegó a ser percibido como la principal amenaza del país y de la humanidad. Así fue como el prefijo “narco” se popularizó para representar en Colombia todo lo relacionado con las drogas ilícitas.

El asesinato del ministro Rodrigo Lara

cristalizó la representación del narcotráfico como un asunto de seguridad nacional, una amenaza para la democracia e instituciones colombianas.



Cada profesor del Rosario es una historia viva. Conócelos,

entra ya a www.adelanteentietempo.com y aprende de ellos y su filosofía.

ADELANTE
EN EL TIEMPO

Grupo de Investigación

Estudios Sobre Identidad (ESI)
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS

LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

Medios, Representaciones y Opinión Pública, Estado, Nación y Procesos de Subjetivación, Espacio y Diferencia, Etnografía y Socio-Historia, Historia de las Prácticas Corporales, Estudios Sociales del Desarrollo, Circulaciones Migratorias, Vida Pública: Prácticas Políticas y Dimensiones Simbólicas.

DECANO

Francisco Rodríguez L.

DIRECTOR DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN

Adolfo Chaparro A.

INVESTIGADOR

Leandro Peñaranda C.

PARA MAYOR INFORMACIÓN ESCRIBA AL CORREO

leandroj.penaranda@urosario.edu.co

Para profundizar en estos temas,
consulte la página web

<http://www.urosario.edu.co/investigacion>



Esperen el próximo fascículo el 29 de Junio



Rector Hans Peter Knudsen Q. • **Vicerrectora** Nohora Pabón F. • **Síndico** Carlos Alberto Dossman M. • **Secretario General** Luis Enrique Nieto A. • **Gerente Comercial y de Mercadeo** Marta Lucía Restrepo T. • **Director del Programa de Divulgación Científica y Director del Centro de Gestión del Conocimiento y la Innovación** Luis Fernando Chaparro O. • **Gerente del Programa de Divulgación Científica** Margarita María Rivera V. • **Periodistas Científicos** Julio Norberto Solano J. y Paola Martínez Ocampo • **Diseño y Diagramación** Ekon7 Juan Manuel Rojas De La Rosa • **Corrección de Estilo** Leonardo Holguín R. • **Impresión** OP Gráficas • **Pre-prensa y Circulación** El Tiempo.

ISSN 1909-0501

